

ECOLOGÍA Y LOS POBRES

VÍCTOR CODINA SJ

Doctor en Teología

Este tema es tan inmenso, casi oceánico, que, para no divagar en discutibles elucubraciones teóricas, luego de una breve referencia a los movimientos ecológicos actuales, asumiremos como base algunos documentos del magisterio del papa Francisco.

«LOS VERDES»

La toma de conciencia de la problemática ecológica es relativamente reciente, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Desde que el naturalista y filósofo alemán Ernst Haeckel en 1869 acuñó el término ecología, como ciencia del estudio de la casa, del hogar o vivienda, ha ido creciendo hasta nuestros días la preocupación de los científicos sobre la crítica situación de nuestro planeta tierra: efecto invernadero, calentamiento global, agotamiento del agua, deforestación, pérdida de la biodiversidad de miles de especies, contaminación, la tierra se convierte en un depósito de basura, la supervivencia de la humanidad en el planeta tierra está en peligro, el futuro está amenazado.

A partir de estos datos científicos han surgido numerosos movimientos ecológicos en defensa de la tierra, de las especies animales, de los bosques, del mar y del aire. Estos movimientos, como Greenpeace y el más reciente movimiento juvenil generado por Greta Thunberg, que han ayudado mucho a tomar conciencia del problema ecológico, han sido grupos minoritarios de los países más desarrollados del Norte. También en varios países europeos han surgido los partidos políticos *verdes* en defensa de la naturaleza. El adjetivo 'verde' incluso se ha puesto de moda: ahora se ofrecen productos comestibles verdes, energías verdes, incluso bancas verdes...

Pero las consecuencias sociales del este progreso de degradación ambiental no siempre aparecen claramente. Incluso una cierta espiritualidad ecológica, que apele al franciscanismo, puede caer en el romanticismo de

Zefirelli en *Hermano sol y hermana luna*, o quedar prendida únicamente en lo poético y estético del oleaje marino y las bellas puestas de sol, sin descender a las consecuencias sociales del cambio climático.

LAUDATO SI', UNA ENCÍCLICA SOCIAL, NO SIMPLEMENTE VERDE

La primera encíclica del magisterio pontificio sobre la ecología ha sido la de Francisco en 2015 *Laudato si'*. *Sobre el cuidado de la casa común*, con un título de inspiración claramente franciscana. Pero el papa se apresura a decir que esta encíclica no es simplemente una encíclica verde, sino una encíclica social que forma parte del magisterio social de la Iglesia (15). No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental (139). La Iglesia se siente muy preocupada por el deterioro de la calidad de vida humana y la degradación social: contaminación del aire y el agua, pérdida de biodiversidad, deforestación, cambio climático, aumento de nivel del mar, crecimiento desmedido de ciudades, donde casi no hay espacios verdes y sus habitantes viven entre cemento, asfalto y vidrio; junto a urbanizaciones ecológicas lujosas, hay barrios pobres donde viven los descartados sociales; el cambio global provoca exclusión social, violencia, consumo de drogas; el ambiente humano y natural se degradan juntos, los más graves efectos de las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre, los excluidos, la mayor parte del planeta, miles de millones de personas (43-47).

Por esto, un planteo verdaderamente ecológico se convierte en un problema social que integra medio ambiente y justicia social, al clamor de la tierra se une el clamor de los pobres (49). No es casual que sean los episcopados de países pobres, los primeros que hayan lanzado esta voz de alerta social. Frente a esta crisis ecológica no hay una cultura necesaria para enfrentarla (53) y escandaliza la debilidad de la reacción política

internacional (54), con un comportamiento que parece suicida (55).

LAS VENAS ABIERTAS DE LA AMAZONÍA

Aunque *Laudato si'* citaba la Amazonía, junto a la cuenca fluvial del Congo, los acuíferos y glaciares, como lugares emblemáticos de esta problemática (38), la encíclica mantenía un carácter general y universal.

Ha sido el Sínodo especial sobre la Amazonía, celebrado en Roma (octubre de 2019), el que ha abordado la situación de una región geográfica y de una Iglesia local concreta, con lo cual pone de relieve con fuerza la dimensión realmente social de la ecología.

Tanto su preparación a través de numerosas encuestas a los pueblos amazónicos por la REPAM (Red Eclesial Panamazónica), como la presencia de hombres y mujeres indígenas en el aula sinodal, ha puesto de manifiesto la gravedad del problema social en la Amazonía, fruto de la explotación inmisericorde del territorio por parte de empresas nacionales y multinacionales petroleras, mineras, forestales, hidroeléctricas, etc., que destruyen el territorio, contaminan ríos, expulsan a sus habitantes, amenazan a sus líderes y muchas veces los asesinan. No se parte de un problema teórico y abstracto (la ecología, el cambio climático...) sino de la realidad concreta de una zona geográfica y de una Iglesia local amazónica. La Amazonía es un caso concreto y paradigmático de las consecuencias sociales del cambio climático que suceden en otros lugares de la tierra. La realidad siempre es más importante e impactante que la pura idea.

También en el Sínodo se ha tomado conciencia de que los indígenas no son solamente pobres, sino poseedores de una sabiduría ancestral anterior al cristianismo que les motiva al «vivir bien», es decir a vivir en armonía con la comunidad, con la naturaleza y con Dios. La vida de los indígenas que han cuidado durante siglos la naturaleza es una alternativa al mundo moderno occidental que, con su deseo de vivir siempre mejor, explota la población y destruye la tierra.

Después del Sínodo, Francisco ha escrito la exhortación postsinodal *Querida Amazonía* (2 de febrero 2020), donde con un estilo poético expresa una serie de sueños:

Sueño con una Amazonía que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida.

Sueño con una Amazonía que preserve esa riqueza cultural que la destaca, donde brilla de modos tan diversos la belleza humana.

Sueño con una Amazonía que custodie celosamente la abrumadora hermosura natural que la engalana, la vida desbordante de sus ríos y sus selvas.

Sueño con comunidades cristianas capaces de entregarse y encargarse en la Amazonía, hasta el punto de regalar a la Iglesia nuevos rostros con rasgos amazónicos (7).

Los tres primeros sueños (social, cultural y ecológico) exponen la belleza de la creación que se manifiesta en la Amazonía: sus ríos, la selva, la riqueza de su fauna y flora, la variedad de su riqueza cultural y religiosa, la sabiduría de sus habitantes que nos enseñan a vivir bien, en armonía con la comunidad, con la tierra y con Dios.

Pero esta belleza está amenazada. Hay textos de gran crudeza, por ejemplo, de la época del caucho en la Amazonía venezolana: a los indígenas no se les daba plata, solo mercancía y cara, más de 20 pueblos fueron arrasados, las mujeres violadas y amputados sus pechos, a los hombres se les cortaban los dedos de las manos o las muñecas para que no pudiesen navegar (15, nota 12).

Hoy sigue la explotación inmisericorde del territorio, la migración de sus habitantes, la contaminación del río y la selva, las amenazas de muerte. Frente a esta situación, Francisco lanza un grito profético: el clamor de los pobres y de la tierra clama al cielo (9), es injusticia y crimen, es un nuevo tipo de colonialismo (14), es necesario indignarse como hizo Jesús (15), porque abusar de la naturaleza es abusar del Creador, hipotecando el futuro (42). Y se cita el testimonio de un pueblo amazónico: «La tierra tiene sangre y se está desangrando, las multinacionales le han cortado las venas a nuestra Madre tierra» (42, nota 52). El grito de la Amazonía es como el grito del Pueblo de Dios en Egipto (52).

CUESTIONES DE FONDO

Curiosamente, los medios de comunicación Social, tanto durante el Sínodo como en *Querida Amazonía*, se han concentrado y limitado a resaltar dos temas pastorales de la Iglesia amazónica: la posibilidad de la ordenación presbiteral de hombres casados indígenas y el diaconado femenino, silenciando la denuncia a las empresas explotadoras de la Amazonía y las graves consecuencias sociales para sus habitantes. Por importante que sean estos dos temas pastorales en orden a configurar una Iglesia con rostro amazónico, no deja de ser sospechoso este silencio sobre las víctimas de la explotación. ¿Ha sido este silencio algo casual?

Sin duda muchos medios de comunicación responden a los intereses de los grandes capitales, muchos

de los cuales están implicados en la explotación de la Amazonía o de zonas semejantes en los acuíferos de Paraguay, en Centroamérica, en el Congo, en Borneo y Oceanía.

Las palabras del Sínodo y de *Querida Amazonía* son claras y proféticas. En *Laudato si* ya se citaba una afirmación del Patriarca Bartolomé sobre los daños ecológicos que generamos:

Que los seres humanos destruyan la diversidad biológica de la creación divina; que los seres humanos degraden la integridad de la tierra y contribuyan al cambio climático, desnudando la tierra de sus bosques naturales o destruyendo sus zonas húmedas; que los seres humanos contaminen las aguas, el suelo, el aire. Todo esto son pecados (8).

En el *Documento final* del Sínodo de la Amazonía también se habla del pecado ecológico: «una acción u omisión contra Dios, contra el prójimo, la comunidad y el ambiente. Es un pecado contra las futuras generaciones y se manifiesta en actos y hábitos de contaminación y destrucción de la armonía del ambiente, transgresiones contra los principios de interdependencia y la ruptura de solidaridad entre las criaturas y contra la virtud de la justicia» (82).

En *Laudato si'* se culpa al paradigma tecnocrático y al antropocentrismo moderno como causantes del desastre ecológico actual (106-11) y se afirma que únicamente un cambio de paradigma puede detener esta situación trágica y pecaminosa. Pero hay tantos intereses económicos implicados, que ni las multinacionales ni los líderes políticos están dispuestos a tomar medidas eficaces y dan larga a la situación, dando solo remedios paliativos.

Es necesaria una verdadera conversión ecológica (216-221), hacia una ecología integral que incluya las dimensiones económicas, culturales y sociales (127-144): no hay dos crisis separadas, la ambiental y la social, sino una sola crisis socio-ambiental (139).

Para ello hay que partir de una visión unitaria de la creación, todos somos criaturas del Creador, todos somos hermanos, todo está interconectado, todos hemos de estar en comunión (91-92), no solo «con» las demás criaturas sino «en» comunión con ellas, ya que formamos parte de la única creación, todo está relacionado. Y a partir de la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesús y del don de su Espíritu, esperamos que toda la creación será un día transfigurada en el cielo nuevo y la tierra nueva y Dios será todo en todas las cosas (1 Cor 15,28) (100). Esto es lo que se anticipa litúrgicamente en los sacramentos, sobre todo en la eucaristía,

donde el pan y el vino fruto de la tierra se convierten por la fuerza del Espíritu en pan de vida y bebida de salvación (cf. 223-227).

Y en todo ello, los pobres, los excluidos, los últimos, han de ser los primeros destinatarios de esta nueva creación que ahora está en dolores de parto y gestación (Rm 8,22). Todo ello hace que en *Querida Amazonía* se exprese con mayor fuerza el rechazo de esta situación de muerte: es pecado, crimen, una injusticia que exige indignación, es el nuevo Éxodo del pueblo amazónico, lo cual nos permite «llorar por la Amazonía y gritar con ella ante el Señor» (56).

La Amazonía se convierte en un verdadero lugar teológico, un espacio donde Dios se manifiesta y convoca a sus hijos (57), una nueva versión del pueblo de Dios explotado por los faraones de turno, que nos manifiesta y revela los designios de Dios.

Por todo ello, la afirmación de que *Laudato si'* no es una encíclica verde sino socio-ambiental, ahora queda reforzada después de escuchar el clamor angustioso de las y los indígenas, expulsados de su territorio y amenazados de muerte y que piden a la Iglesia que los defienda ante sus opresores.

Esto puede explicar el sospechoso silencio de los MCS sobre el Sínodo y *Querida Amazonía* y su concentración en temas eclesiológicos sensacionalistas, para así desviar la atención del punto clave ecológico urgente, la preservación del planeta.

En esta crítica a la dimensión social de la ecología se unen tanto la derecha política como la derecha eclesiológica. Ya el Documento de trabajo (*Instrumentum laboris*) fue calificado por eminentes clérigos de ser panteísta, pelagiano, que mitificaba a los indígenas y negaba la salvación en Cristo, algo estúpido, con una ecología biodegradable que nos quería hacer retornar a las cavernas, al arco y las flechas.

Durante el Sínodo, las derechas acusaron de que algunas ceremonias en las que participaban indígenas con caras pintadas de rojo y coronas de plumas y flores parecían el Carnaval de Río

Y unos violentos integristas arrojaron al Tíber unas imágenes de madera que los indígenas habían llevado a Roma y que representaban a una mujer en gestación, símbolo de la Tierra madre, de su fecundidad y de la vida, pero que ellos creían que eran ídolos. Los *carabinieri* las encontraron y se las devolvieron y Francisco como obispo de Roma pidió perdón a los indígenas por este agravio y en el discurso final de Sínodo, pensando en las elites cristianas y católicas, que quieren ir a la «cosita» pero se olvidan de «lo grande», citó un texto de Charles Péguy:

Porque no tienen el estar en el mundo, ellos creen estar con Dios. Porque no tienen el coraje en comprometerse en las opciones de vida del hombre, creen luchar por Dios. Porque no aman a ninguno, creen amar a Dios.

* * * * *

La actual pandemia del coronavirus, que no respeta fronteras nacionales ni sociales, cuestiona el actual sistema neoliberal que explota a personas y destroza la tierra, pone patas arriba a todo el mundo y demuestra que todos formamos una unidad cósmica y social, todos estamos en la misma barca, la tierra está enferma y no perdona, no podemos seguir con un estilo de vida consumista y con una falsa idea de progreso, nos hemos de salvar todos unidos, no podemos seguir matándonos, ni algunos países enriqueciéndose con fábricas de armamento, ni destruir nuestra casa común, sino que hemos de iniciar un estilo de vida diferente, sencillo y solidario, cuidar de la tierra, porque ecología y sociedad están estrechamente unidas y hemos de escuchar el clamor de la tierra junto con el de los pobres: ecología y pobres no pueden separarse. Lo que parecía imposible e intocable, ahora está en crisis, la humanidad ha de emprender una nueva etapa en su historia.

Ciudades desiertas, familias encerradas con sus hijos en sus casas durante semanas larguísimas, hospitales a punto de colapso, contagios y muertes *in crescendo*, la economía en recesión, angustia ante el futuro, sensación de miedo y pánico. Desde la segunda guerra mundial no se había experimentado una situación tan grave.

Por esto, a las bellas oraciones con las que Francisco concluye *Laudato si'* y *Querida Amazonía*, hay que añadir ahora la oración del papa el 27 de marzo. Francisco solo, en medio de la Plaza de San Pedro totalmente vacía y con lluvia, luego de comentar en su homilía el episodio evangélico de la tempestad calmada y el reproche de Jesús a sus discípulos de que no tengan miedo, sino fe y confianza, pide a Dios que libere a la humanidad de esta pandemia que tantas víctimas produce, sobre todo en los sectores y países más pobres:

Señor bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no tengamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repite de nuevo «No tengáis miedo» (Mt 28,5) y nosotros, junto con Pedro «descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas» (1.ª carta de Pedro 5,7).

La pandemia seguramente nos ayudará a tomar conciencia de la dimensión social de la ecología. 